

Guillermo Cabeza Arnáiz, *in memoriam*

En el acto de homenaje que la Escuela debe con toda justicia rendir al profesor Cabeza otros compañeros tratarán de sus muchas contribuciones a esta casa. Yo me quiero referir aquí a una de ellas: el hombre de cultura (y lo que esto representa —debe representar— en la Escuela y en la Universidad).

Siempre que me acercaba al pasillo de dirección, procuraba entrar en su despacho a hablar un rato. Guillermo era generoso con su tiempo. Sabía escuchar, entender y enlazar —erudito como era— ideas de forma prodigiosa; tenía la cortés habilidad de desarrollar lo que se le había expuesto e impulsarlo a cotas más elevadas.

A menudo, remitiéndose a su padre y a la generación de éste, constataba cómo ya no es materialmente posible dar con ese mismo sentido de «hombre de cultura»; ese hombre con un esquema general de saberes en que cualquier nuevo dato, de los distintos campos, era posible situar y referir. Pero en esos comentarios nunca atisé un sentido nostálgico (como no fuera *nostalgia* de un porvenir que él deseaba mejor); más bien, descubría yo una llamada abierta al futuro. Y en esto es en lo que quiero incidir hoy.

Cuando Ortega y Gasset trataba de la misión de la Universidad añadía, a la de la enseñanza profesional y a la de la investigación, la *misión* (que ya veía minusvalorada en su tiempo) de la transmisión de la cultura. Y en ese vivir a la *altura de los tiempos* (y «a la *altura de las ideas del tiempo*») es donde la figura de nuestro compañero me ha parecido tan ejemplar.

Pasar por su pasillo será duro ahora. Siempre nos parecerá que sigue ahí, junto a su mesa llena de pilas de papeles, legajos y reglamentos que otros profesores no tendríamos la paciencia de leer; y de los planes de estudio y de las verificaciones de títulos y de *las ratios* (él, por supuesto, nunca decía «los ratios»). Y, naturalmente, junto a los libros de arquitectura.

Ya no se ponen en las aulas lápidas con los nombres de profesores insignes; pero yo pondría a un aula —como testimonio de una tarea que la Universidad, me parece, debiera seguir— el nombre del profesor Cabeza Arnáiz. Aun sin esa inscripción, recordaremos por mucho tiempo su callado ejemplo. Y agradeceré siempre a la vida el que haya podido conocerle; el tratarle, el conversar con él.

Javier G. Mosteiro